

---

---

## LOS HOMBRES DE LAS CALLES NO SON FEOS

Era una mañana tranquila en la ciudad de Dubái. Un hombre se paseaba por los andenes de las calles con su esposa, mientras ella entrelazaba su brazo con el de él y mirando todo a su alrededor, la mujer interrumpe el silencio de aquella caminata y dice a su amado:

— Amor, ¿Qué no hay en Dubái?

Este hombre sorprendido, pasó su mente por todos los lugares y vio que aquella ciudad era próspera, hecha con los mejores detalles; no concibió momentáneamente una respuesta para su querida esposa.

— Dijo ella: — Si algún día me regalas un detalle, que sea algo que no haya en nuestra ciudad.

Esto lo dejó pensativo, por su mente pasaron múltiples regalos, pero no era suficiente.

Una mañana con un sol resplandeciente, aquel hombre bajaba su pie derecho de su cama como para comenzar una nueva labor, y le vino un pensamiento: — ¡Ya sé que no hay en Dubái! En Dubái no hay personas pidiendo limosna y dijo: — Esto es lo que le regalaré a mi esposa. Reafirmó su pensamiento y díjose: Esto es lo que haré. Se sentó en su silla y tomó la computadora, observó países para contemplar algunos perfiles

y poder hacer un gran trabajo. Eligió a Colombia como un país de gente con rostros muy variados y le pareció bien visitar este país.

Llamó al presidente y pidió una cita, después de hablar claramente se le permitió el ingreso al país colombiano.

Él le dijo a su esposa: — Me voy a traer lo que me pediste, hay algo que no hay en Dubái y cuando lo tenga, lo traeré.

Después de mucho recorrido en su elegante avión privado, acoplado con todos los lujos posibles, llegó a Colombia. Lo recibió personalmente el presidente Belisario, uno de los presidentes más inteligentes de toda la historia del país.

Extendiéndole la mano, el sultán le dice: Me llamo Mahammed Bin Rashid.

Después de todo el protocolo, el presidente le expresa:

— Ahora sí, dime: ¿Cuál es el motivo de tu visita?

El sultán contesta: - Quiero comprar algo que no hay en Dubái, es un regalo para mi esposa.

El presidente sorprendido, le dijo: — Y ¿Qué no hay en Dubái? Con toda la riqueza que tienen, no creo que falte nada.

— Eso pensé yo, dijo el sultán, estando en mi avión y no encontrando ninguna prohibición miramos tu país desde muchos puntos. Me di cuenta que en mi país somos como un

desierto en comparación con tu nación: Cuando pasaba por el sur de tu país, vi esos hermosos sembrados de caña, luego pasé por el norte y cuán hermoso ganado tienen ustedes aquí y al ver la multitud de los surcos del famoso café colombiano, los sembrados de plátano, los innumerables invernaderos de flores, las inmensas minas de carbón, las minas de esmeraldas, las plantas petrolíferas y unas hermosas llanuras; le dije a mi guía: ¡Qué país tan hermoso, cuanta riqueza hay aquí! No solo eso, vi que tienen dos océanos: El Atlántico y el Pacífico, y buenos puertos de embarcación, pasando por algunas ciudades, vi con mi lente de alta potencia la hermosa arquitectura de las ciudades y como conservan todavía lo típico de muchos pueblos, se ven rústicos hermosos. Le pregunté a mi guía que si las personas que vivían en esos pueblos eran los indigentes, los juzgué por su forma de vestir tan sencilla. Me contestó: — No, eso es lo típico de algunos pueblos de Colombia. También vi algunos indígenas con sus pechos al aire libre y como pasaron el río quitando sus parumas para no mojarlas y quedando totalmente desnudos. Dije: — ¡Por Dios, qué belleza! Allí no existe la inmoralidad.

Me quedé anonadado cuando vi unos huecos en las montañas de un sector, le pregunté a mi guía: — ¿Qué es esto? Me dijo: — Eso son las minas del hermoso oro que compramos en Dubái. Le dije: — ¡Cómo! ¿Los hombres se meten en esos huecos? ¡Cuánto luchan por su pan!

Además me dijo, que una de las mejores cosas de este país, es la amabilidad de su gente y me mostró una ciudad que tiene un empuje incontrolable llamada Medellín, me sorprendí que en

una ciudad tan pequeña estuvieran haciendo un metro que cruzara toda la ciudad, el guía me dijo: — En este momento está paralizado el proyecto por problemas de orden público. Pero mientras lo terminan quedarás estupefacto al ver la belleza de sus mujeres.

Le pregunté a mi guía: — ¿Entonces esta es la capital? Me dijo: — No, la capital se llama Bogotá; pero no tiene metro. Le dije: — ¿En Medellín hay problemas de orden público, no es la capital y allí están haciendo un metro? ¡Cuan osados son en esta pequeña ciudad!

Le pregunté al presidente: — ¿De qué ciudad es usted? Me contestó: — De la ciudad donde están haciendo el metro, de Medellín. Mientras me sonreía, le extendí mi mano y le dije: — Lo felicito por este hermoso y rico país. Fui recibido con todos los honores y atendido en la casa presidencial, la cual queda en la capital llamada Bogotá.

Estando sentados en la oficina del primer mandatario, el presidente Belisario me preguntó: — ¿Ahora si quisiera saber con más exactitud que desea de este maravilloso país?

— Si, contesto el sultán. Le prometí a mi esposa que le daría un regalo de algo que no existe en Dubái y pensándolo bien en nuestra ciudad no hay indigentes o lo que ustedes llaman gamines. Es por eso que quiero que hagamos una negociación para yo llevármelos a todos para Dubái.

El presidente Belisario le contestó: — ¿Lo que quieres decir es que te venda las almas de los indigentes? Tú bien sabes que yo no estoy de acuerdo con la esclavitud.

— No mi señor presidente, en ninguna manera es mi propuesta, no me mal interprete, tómelo como una propuesta de ayuda al indigente y después, si ellos lo desean volverán a tu país.

— Mi amigo Mohammed, quizá usted no sepa cuantos indigentes hay en Colombia, ¿Y usted está dispuesto a invertir en cuántos? El sultán le respondió: — En todos.

Después de ponerle muchos pormenores al asunto, el presidente de Colombia hizo una reunión con todos los magistrados y su gabinete principal, los cuales accedieron fácilmente, sin saber qué podría sucederle a todos estos compatriotas.

El sultán, mientras disfrutaba de los maravillosos hoteles y clubes colombianos, comprobaba la calidad humana de la cual le habían hablado días atrás y que no fue para nada diferente a lo que había oído, cada día se sorprendía de las maravillas que disfrutaba y sólo se quejaba de que no estuviera su esposa con él allí.

Delegaron en cada ciudad del país colombiano, a una persona de las autoridades para recoger a todos los indigentes. Luego fueron llevados a la capital Bogotá, al aeropuerto y allí se alistaron todos los aviones para partir a Dubái. Eran cincuenta aviones y en cada uno llevaban 200 indigentes.

El sultán telefónicamente le avisó a su esposa que lo esperara en el aeropuerto de Dubái y mandó a llamar a muchos periodistas de todo el mundo. Esto fue un acontecimiento muy

particular y no esperado por ninguno de los curiosos de aquella ciudad.

Cuando aterrizó el primer avión, bajaron personas mugrientas, todos los que impacientemente esperaban se pusieron las manos en la cabeza y otros taparon sus bocas de horror, pues no podían creer que esto fuera un regalo para la primera dama, una de las mujeres más hermosas de Dubái.

Bajado el sultán, la mujer lo abraza, lo besa y le dice: — ¿Qué es esto?

Él le contesta: ¿Tú habías visto algo como esto en esta ciudad?

Ella sonriendo le responde: — Ni me lo imaginé, sólo a ti se te ocurren estas cosas, pero sabes, te entiendo y acepto el reto, se lo que me quieres decir, lo intentaré y lo haré.

Su esposo le dice: — Esto que has visto no es nada, faltan otros cuarenta y nueve aviones con el mismo material; es lo que te doy para cumplir tu deseo de algo que no hay en Dubái.

Bajaron los cuarenta y nueve aviones faltantes, saliendo todos los indigentes.

La prensa, los fotógrafos y los curiosos no podían imaginar a ciencia cierta como se desarrollaría la locura del sultán y más con la serenidad de su esposa, pues había tomado este hecho con mucha naturalidad.

Después de haberlos ubicado bien, el sultán tomó un buen descanso.

Hicieron una reunión extraordinaria, llamaron a hombres muy profesionales: Psicólogos, psiquiatras, odontólogos, médicos, especialistas en todas las áreas, todos los directores de universidades, recreacionistas y otros más; y que cada uno de ellos hiciera un buen trabajo en cada área asignada.

También de Colombia invitaron a muchos con capacidades y mucha experiencia en estas áreas.

Los psicólogos y psiquiatras evaluaron las capacidades de cada uno y seleccionaron por grupos. Allí comenzó este gran trabajo.

Los indigentes observaron este hecho y dijeron: — Estos perros nos van a estratificar también como en Colombia. Todos los especialistas se miraron.

Se preparó un lugar de concentración provisional, mientras se construiría un lugar propicio para acomodarlos y pensando que muchos pudieran volver sus vidas a la normalidad y quizá formaran nuevos hogares.

Esto no fue fácil, pues los temperamentos de estos hombres eran insoportables. Los psicólogos, los psiquiatras, los recreacionistas y demás temían no poder cumplir al sultán. Ellos no estaban capacitados para manejar estas áreas literalmente. De no haber sido por el equipo que contrataron de

Colombia, los asignados de ese país habrían desmayado ante semejante dificultad de restauración.

Sólo cuando tenían que bañarse había que llamar un equipo de seguridad, los cuales los metían a la fuerza en una celda y de todos los lados salía agua, de tal manera que no podían rehusarse al aseo y así fue como los adaptaron hasta llegar a la normalidad.

Tuvieron que organizar un equipo de salud muy completo. Podría decirse: Un hospital, sólo para ellos, por las enfermedades que estas personas llevaban; pero no sólo por las enfermedades, también todos los días a causa de su forma de vida; pues diariamente eran apuñalados varios, por pleitos entre ellos; algunas veces sin causa alguna, día tras día había riñas sin parar.

Hasta los especialistas de Dubái decían a los colombianos mientras tomaban el café: — ¿Cómo hacen ustedes para vivir con estos extraterrestres?

En una ocasión fueron llevados a la playa para mirar su comportamiento. ¡Qué caos, se formó en la playa!

Sólo contaré parte de lo que sucedió allí.

Estos hombres tocaron las nalgas de todas las mujeres que más podían y se oían gritos por todos lados.

Las mujeres se tapaban la boca de horror, al ver estos hombres excitados, las pantalonetas casi no podían contener sus penes.

Y muchos decían: — ¿De dónde son estos turistas tan raros? No parecen de este mundo.

Poco a poco fueron saliendo todas las familias y sacando los niños rápidamente, la playa quedó sólo para ellos.

Uno de los turistas que su sueño era pasar la luna de miel en las playas de Dubái dijo: — Vámonos amor porque esta plata se perdió.

La mujer del sultán viendo esto dijo: — ¿Amor si nos irá a alcanzar el dinero para restaurar estos monstruos?

Su esposo le contestó: — Todavía falta mucho, sigamos.

Después de disfrutar un buen baño, fueron recogidos y llevados al campamento.

A cada uno le revisaron el equipaje, pudieron constatar cuantas cosas habían robado en la playa.

Pusieron un anuncio por todos los medios de comunicación para que recogieran lo que habían perdido y además pidieron disculpas, y de una forma prudente les manifestaron que era una prueba de seguridad que se estaba haciendo en la ciudad.

Las autoridades quedaron muy bien referenciadas pues nunca se había oído que se rescatara el 100% de los objetos robados en una playa.

Siguió el proceso, todo estaba seleccionado: los jóvenes, con los jóvenes; los adultos, las mujeres y los niños, todos fueron ubicados en sus grupos; así pudieron ir fragmentando y agrupando por edades, sexo y capacidades intelectuales.

Entre los convenios que se hicieron con Colombia, dos muy destacados fueron: Habría que llevar marihuana y un licor llamado tres patadas, cada vez que se requería y sólo lo que fuese necesario para acomodarlos a las terapias recomendadas por los especialistas de Colombia.

Cada vez que llegaban los aviones con remesas, alguien gritaba: — Llegó la marihuana de Colombia y también el tres patadas.

El equipo de trabajo empezó a ver el cambio de estas personas, como iban mejorando día tras día, comenzaron a dar gestos de voluntad de superación. Esto fue muy satisfactorio para los psicólogos y psiquiatras de Dubái y otros países que no tenían estos problemas de orden público.

Ya iban terminando la mini ciudad, la cual daba vista al mar, que era construida para ir instalando a cada uno que se fuera superando.

Sólo podían entrar en aquella mini ciudad los que eran restaurados en su totalidad y que estaban listos para ser



productivos y aptos para vivir con la calidad de vida que se vive en Dubái.

Éstos fueron premiados cada día que mostraban actitudes positivas; además en ellos había un potencial de creatividad que superaba todas las expectativas de los reformistas.

Así cada uno fue ubicado en el área que mejor correspondía.

Cumplido el tiempo asignado por el presidente de Colombia, fue invitado por el sultán para inaugurar la mini ciudad que quedaba dentro de Dubái.

Cuan sorpresa se llevó al ver tanta gente bien presentada, con buenos trajes y pensó: — ¿Dónde estarán los indigentes? ¿Cuándo los traerán?

El sultán le dijo: — Señor presidente ya están listas las tijeras para cortar la cinta para la inauguración de la ciudad.

El presidente Belisario le refirió: — Si, ¿Dónde están los indigentes? Porque sin ellos no puede haber inauguración.

El sultán le dice: — ¿Todavía no los habéis distinguido? Pues todos estos que ven tus ojos, son tus indigentes.

El presidente colombiano casi se cae de la sorpresa: — ¿Todos estos que ven mis ojos son los que trajiste de Colombia? ¡No lo puedo creer!

El presidente de Colombia quedó consternado al ver este maravilloso trabajo, y dijo al sultán: — ¿Fue fácil o difícil? El sultán contestó: — Fue muy satisfactorio, aunque no se pudo hacer el 100%; el otro 20% esta en la ciudad negra.

El presidente Belisario le preguntó: — ¿Y qué es la ciudad negra?

— La ciudad negra es algo que ustedes llaman barrio, es un área de dos kilómetros a la redonda, donde son llevados los que no han querido progresar y sólo quieren el vicio, allí mueren varios diariamente por los pleitos, las riñas y las enfermedades; y obviamente son los que serán llevados de regreso a Colombia, terminó diciendo el sultán.

El presidente colombiano dijo: — No, antes quedo demasiado sorprendido, como pudieron restaurar la mayoría, en Colombia no hacemos ni la minoría. ¿Me podrías dar una explicación?

— Si, dijo el sultán, estudiamos este caso, reunimos todo lo necesario según lo recomendado por los profesionales de cada área. El recreacionista hizo un trabajo bastante notorio en su área, le dimos todo lo necesario, sin restricciones para que sus alumnos se adaptaran a la cultura y los deportes; les enseñaron la pintura al oleo, con técnicas especiales, la equitación fue uno de los campos mas buscados por los alumnos. El ajedrez, el basquetbol, y el pimpón fueron los juegos predilectos por los jóvenes. Y los niños de 6 a 10 años aprendieron a escribir y a leer, además todos tomaban clases de música y pintura infantil. No hubo espacio para la necedad, ni malos ejemplos que obstaculizaran el proceso de capacitación.

Las mujeres fueron mostrando su belleza poco a poco, sus músculos y su textura fue cada vez mejor hasta que eran codiciadas por muchos que las veían.

Las asistieron en el área de la belleza, mujeres de un alto perfil en cosmetología. La sección de odontología fue un campo muy resaltado por el sultán, él sí pudo ver como cambiaron esos gestos de dolor por unas hermosas sonrisas.

Se abrieron talleres de capacitación, con el fin de enseñarles el arte de la costura y se trajeron mujeres expertas en tejidos de varios países, cercaron todo el espacio de ellas, hasta que olvidaron las frustraciones pasadas.

Lo más extraño fue que varios de los juegos que les enseñaban a los colombianos, no los habían conocido en Dubái. En especial el fútbol y el beisbol que se volvieron unos deportes muy apetecidos por todos los habitantes de la ciudad. Muchas de estas personas colombianas ya con cédula de ciudadanía de Dubái, fueron muy productivos y generaron muchísimo dinero para el país. Podría decirse que más del 100% de lo invertido en cada uno. Lo habían generado antes de que llegase el presidente de Colombia.

Estudiamos bien el caso, hicimos todo lo contrario a las leyes colombianas, no creamos leyes de castigos sino de reforma, no les preguntamos si se querían bañar, sino que tenían que ser bañados, inicialmente pusimos un ejercito; no para cuidarlos sino para que cumplieran sus labores, algunos no murieron porque los mataron; sino por desobedientes, o cumplían o no habría alimentos y prefirieron morir de hambre, no permitimos

la indigencia, la cual es creada por los mismos países: La indigencia no es creada por el hambre; sino por la mentalidad de los mismos gobernantes, unos pocos hombres que se enriquecen a causa de la debilidad de algunos, y los convierten en señuelos para pedir a otros países y justificar una necesidad que no existe y no invierten por egoísmo, para que otros al menos se vistan y se alimenten bien. En vez de invertir en el campo, en el ganado, en la educación y la ciencia. Más bien hicieron unos semilleros de larvas destructoras, que ya hoy en día se han hecho inmunes a las mismas autoridades queriéndose apoderar del país.

Hace poco escuché que alguien con mucha autoridad dio la orden de matar a los legisladores, jueces, diputados y concejales de tu país. Con tal que allí murieran aquellos que se querían apoderar de la nación.

Quizá, aquellos de corbata que estaban afuera dando órdenes, hombres y mujeres, esos si querían el poder, la muestra es que los pocos que quedaron vivos, para tapar quien sabe qué hueco, mandaron a matar a los únicos sobrevivientes, gente buena e inocente.

Nos alegramos cuando vimos en los noticieros como unos hombres valientes, en hombros sacaron a muchos del palacio de justicia, vivos y sanos; pero nos horrorizamos, cuando dijeron también en las noticias, que esos mismos que sacaron vivos de allí los desaparecieron y los mataron. Teniendo por entendido que no fueron los guerrilleros, quienes hicieron esta gran mal. Bien dijo, Martín Luther King: — “Ya no me horrorizan

los actos malos de la gente mala, sino la indiferencia de tanta gente buena”.

El palacio de justicia quedó totalmente destruido por tu misma orden, para poder salvar al país de esa plaga que un día permitieron unos cuantos gobernantes antes que tú. Y me hiciste acordar de un libro que leí hace poco, de DON RICO que lleva por título: PARA VIVIR HAY QUE MATAR.

Hubiese sido preferible matar a esos dos o tres gobernantes, anteriores tuyos, que no acabar desangrando las generaciones venideras. ¿Cómo no entender fácilmente por qué hay indigencia y pobreza en tu país?

El sueldo mínimo comparado con el de nuestro país, no es nada, casi se podría decir que es como un tipo de secuestro para que los pobres sólo les quede pagar impuestos y servicios públicos, dejando que estos se desangren en sus deudas de supervivencia. Perdona mi rudeza pero no soporto que habiendo tanto se diga que no se tiene nada.

Estuve averiguando las riquezas de tu nación y son inagotables, cómo es posible que con tanta ambición, tanta maldad y tanta corrupción no hayan acabado con el país, Dios lo bendijo demasiado. Para mí tu país posiblemente sea uno de los países más ricos del mundo, terminó diciendo el sultán.

El presidente colombiano dijo: — Quizás tengas la razón.

El mandatario colombiano, Belisario, levantó su mano y se hizo silencio, luego dio un discurso apoteósico, agradeció al sultán y

dijo: — Tomaremos esto de ejemplo, quizá no me toque a mi ejecutarlo, porque ya voy a terminar mi mandato, a lo mejor algún hombre atienda este gran ejemplo y logremos reponernos de nuestro propio mal.

Por último dijo: — Les pido perdón en nombre de Colombia, pues allí hubiésemos podido hacer lo mismo que en este país, si tuviésemos la mentalidad, la honestidad y la autoridad para hacer lo que hay que hacer, ustedes fueron muy afortunados.

Ahora comprendo, que nuestro retraso y nuestra pobreza no fueron creados por Dios, sino por nosotros mismos.

En nuestro país, somos una fábrica de indigencia, armas no para atacar otra nación, sino para nuestra propia destrucción.

No nos hemos dado cuenta de que nos estamos vistiendo de andrajos mugrientos y de fétidos olores, y en vez de vernos codiciables para servir, nos vestimos mugrientos para pedir y hacer como el avaro, ese famoso cuento de la pobre viejecita que no tiene que comer.

Hasta que no sanemos la corrupción de nuestra propia política, y almacenemos las grandes sumas de dinero por no hacer inversión social, hasta que no queramos aceptar que las riquezas que Dios nos dio, nos las dio a todos y no a unos cuantos, no estaremos listos para un buen desarrollo a nivel mundial, y a pesar de que somos muy ricos siempre seremos reconocidos como los más pobres del continente, recibiendo ayudas económicas para que matemos a nuestros propios compatriotas o para que los enviemos a las cárceles del



exterior y así no podamos dañar a otros países, eso quiere decir que no nos dan para ayudarnos, sino para que no les hagamos daño en el futuro, eso es inteligente de parte de los demás países, pero nada bueno para nosotros.

Espero que cuando nos visiten puedan tener una mejor imagen de nuestro país, un abrazo para todos los que se quieran quedar en esta maravillosa ciudad de Dubái.

En un convenio que hicimos con este país, ustedes deciden, si quieren vivir aquí, o prefieren volver a Colombia.

Levanten la mano los que van conmigo de regreso.

Sólo una mujer la levantó, el presidente le pregunta: — ¿Y por qué no te quedas? Esta mujer le contestó: — Mi riqueza son mis hijos y mi familia, la cual yo abandoné, por un fracaso que tuve a causa de una decepción cuando presenté un proyecto micro empresarial y no me cumplieron. Caí en una clínica de reposo y en el licor y después en las drogas. Ya quien sabe si podré recuperar a mis hijos, porque sin mi, quizá ya cogieron la calle y más con mi ejemplo.

Si me aceptan nuevamente, estaré con ellos. El mandatario colombiano le agregó: — Tendrás todo mi apoyo y estudio, y una maravillosa casa para que vivas con tus familiares más cercanos, además se te dará todo lo que se te deba y bien remunerado. (Se oyó un gran aplauso, así terminó ese gran evento).

El sultán le manifestó al presidente: — Tan fácil que se habría solucionado todo esto.

El presidente colombiano vio con sus ojos como aquellos que no fueron reformados volverían a su país, los vió como una semilla de maldad.

Y se dijo: — Si tuviéramos el rigor de este país, no tendríamos que volverlos a Colombia.

Abordando su avión privado se dirigió a su país, seguido de los aviones con los indigentes no reformados.

Fue una gran satisfacción para el sultán y para su esposa.

Por último hicieron una fiesta con todos los del grupo de rehabilitados que habían quedado, ya con sus esposas y sus hijos.

Y en unas pantallas gigantes comenzaron a mostrar a aquellos hombres y mujeres cuando llegaron a Dubái. El que dirigía este programa, les preguntaba a los de allí: — ¿Ustedes serían capaces de vivir con alguno de estos indigentes de Colombia?

Y todos dijeron: — ¡No, nunca! Mientras se tapaban la nariz del asco que les producía sólo ver que aquello les pudiera pasar a ellos.

Cuando se comenzaron a mostrar las fotos de uno en uno de la vida pasada y la presente, todos se quedaron estupefactos y algunos entraron en shock, pues no podían creer que su

esposo o esposa fuera alguna de esas personas horribles de los videos.

En ese momento entró el sultán, interrumpió y dijo: — No se dejen afectar de todo esto, pues ellos son personas iguales que nosotros, sólo que pasaron momentos difíciles en su vida. Ya son diferentes, ahora son parte de una sociedad. Nosotros también tenemos otros males. Lo de ellos se podía quitar y cambiar con tecnología, agua y algunos perfumes. Pero, ¿Con qué nos quitarán a nosotros la vanidad, la vanagloria, la arrogancia, la jactancia, la altivez y la falta de amor por los demás?

Tal vez algún día, algún país también tenga que intervenir en nuestras debilidades y nos ayude, porque aquí vemos muchas personas que sólo tienen dinero, pero de lo otro nada.

Ya ni siquiera le damos gracias a Dios por nuestras vidas, pues creemos que todo lo tenemos y muchos decimos con nuestro comportamiento: — ¿Para qué Dios? No olvidemos que lo que nosotros tenemos, parte de ello, otros lo necesitan. Estos estaban tapados con mucha tierra y con algunos malos olores, pero dentro de ellos estaba el amor limpio y puro que los ha hecho felices a todos ustedes en estos últimos años. En ellos estaban los espermas y los vientres que incubaron y dieron vida y que por ningún motivo ustedes dejarán a sus hijos.

De aquí en adelante hagan lo que quieran con sus corazones, pero no olviden que el oro que ahora tenemos en Dubái primero no se veía a causa de la multitud de piedras y tierra; hubo que triturar, machacar todas esas rocas inmensas para

sacar unos cuantos gramos de oro que ahora reposa colgando en vuestras gargantas.

Así son ahora vuestros esposos y esposas, fueron destrozados y molidos, alejados de su familia y de su país como cuando una piedra se retira de la roca. Pero cuando cuelgan sus hijos en cada cuello de sus padres, vemos que no fue en vano el trabajo y el esfuerzo del minero de la vida.

Le dí gusto a mi esposa en su petición, lo que nunca pensé es que ella fuera capaz de convertir el pero olor, en el mejor perfume que ahora reposa en sus nuevas vidas. Recuerden en la calle no hay hombres feos, sólo están tapados con lodo y cieno.

FIN

APPO-YARCE